

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio

Fecha: sábado 23 de noviembre de 2019

Página: A7

Año: 95

Edición: 36.003

Descriptor: MONASTERIO DE LAS CONCEPTAS, PINTURA MURAL COLONIAL, PATRIMONIO CULTURAL-CUENCA, CONVENTOS-CUENCA, CLAUSTROS-CUENCA.

4 siglos de patrimonio en el Monasterio de la Inmaculada Concepción

Oración, cultura y labor en el Monasterio de la Inmaculada Concepción



Parte del patrimonio religioso y cultural del monasterio es el arte pintura mural religiosa y ornamental de más de 300 años.

Dentro de la Cuenca Patrimonio de la Humanidad hay una manzana del centro histórico donde no solo se ha detenido el tiempo, sino que es un santuario de patrimonio total y vivo: patrimonio arquitectónico inmaterial, artístico, religioso. Es el Monasterio de Clausura de la Inmaculada Concepción, que este 1 de diciembre recibirá de la Municipalidad la presea por Conservación del Patrimonio. Con sus 420 años, el monasterio es la edificación más antigua de la ciudad. El pueblo llama a sus religiosas: "Las Conceptas".

Sor Lorgia de Santa Rosa, madre abadesa: "Todo esto es patrimonio vivo, dando gracias a Dios, nos ha mandado vocaciones, el monasterio continúa"



La construcción del monasterio data de 1599; la espadaña, pared con campanas hacia la calle Presidente Córdova, de 1695.

Viven aquí 24 religiosas, apartadas del mundo. Su casa es un emporio de cultura patrimonial, viva desde su fundación.

Apenas se sobrepasa la puerta hay un gran jardín flanqueado de pasillos. Una entrada lleva a la antesala

Interior del primer patio del monasterio, desde donde se aprecia la espadaña

del refectorio donde las hermas toman sus alimentos, es la sala "De Profundis". Envuelve un ambiente sobrecogedor, se viaja al pasado. La sala ha estado intacta al menos por tres siglos, en ella destacan las pinturas murales de arte religioso, de estilo barroco americano, llenas de simbología que convocan a la espiritualidad y autocontemplación.



Las imágenes son de la Virgen Dolorosa; la Madre Ágreda (religiosa concepcionista española del siglo XVII); la Virgen Inmaculada rodeada de ángeles y pisando una serpiente; el cuerpo de Cristo, flagelado, en la sepultura; cerca, la primera abadesa cuencana, el Cuerpo de Cristo, María Magdalena, San Juan Evangelista, de verde y rojo como símbolos de la esperanza y el amor.

Sala De Profundis con el refectorio al fondo

También, San Francisco de Asís, cuyo carisma siguen las religiosas y de quien la tradición cuenta que Jesucristo le envió sus estigmas (las marcas de los clavos de la cruz); San Miguel Arcángel, guardián y protector de la casa conventual; y, San Jerónimo, el doctor de la iglesia, ermitaño y penitente.

En la Sala de Profundis se ora por los benefactores de la comunidad, se recuerda a las religiosas que fallecieron. Una invocación sobre la puerta del refectorio o comedor advierte: "Que nadie pase este umbral, sino confiesa por su vida, que María es concebida, sin pecado original".

Es una confesión de que la Virgen María nació sin el pecado original que limpia las aguas del bautismo, proclamado más de 200 años antes que el Vaticano lo considere dogma de

fe católica, y todo escrito en arcana caligrafía. Otra huella más de patrimonio conservado.

Ya dentro, el refectorio es un espacio pletórico de patrimonio, por el arte y por las hermanas protagonistas de la vida religiosa, con mínima variación de sus constituciones reglamentarias en cuarenta décadas.

Bajo un cielo raso ondulado, hecho de cera, con la imagen del águila bicéfala pintada, signo de los monarcas de España, de ascendencia austríaca, las pinturas murales son un relato de episodios bíblicos, de la fe mariana:

El bautismo de Jesús, el peregrino, San Francisco Javier (evangelizador del Japón), Santa Rosa de Lima, la Virgen de la Luz rodeada de ángeles y uno de ellos ofrece al Niño Jesús un cesto con corazones, San Ignacio de Loyola que fundó la orden jesuita, San José, la Virgen de las Mercedes.

En la pared frontal, a los costados, dos escenas dramáticas de la Pasión de Jesús: la oración en el huerto de Getsemaní y Cristo después de la flagelación. En el centro, la última cena muy especial, propia de la América mestiza: junto al pan y el vino, un cuy, espera ser compartido.



Orar y laborar

Las hermanas visten un hábito blanco, la mayoría una cofia azul que cubre su cabeza; algunas de blanco; la más joven, una prenda a modo de capa con el escudo de la orden y la imagen de una religiosa. Es la hermana Gina, aspirante.

Detalle de la Última Cena, donde junto con el pan y el vino resalta el cuy

Son las doce del día, “Sexta” en el horario del monasterio, una religiosa toca una campana y las hermanas acuden, presurosas, al “Coro Bajo”, una sala de oración. Entran, toman sus libros y oran: “Señor, apártame del camino falso, dame la gracia de tu voluntad”...

Oran también el refectorio. Una religiosa se sienta en pequeño púlpito y dirige una lectura que las demás escuchan. Los domingos cantan en las misas en su templo. Así preservan el patrimonio espiritual.



Edificio adentro, en un huerto, siembran y cosechan el patrimonio vegetal para su sustento. Allí están sus talleres, preparan dulces, vino de consagrar; bordan a mano y máquina ornamentos: manteles; casullas, albas que visten los sacerdotes, vestidos del Niño Jesús que reciben como encargo para los nacimientos. Y así pasan las horas las religiosas de la Inmaculada Concepción, custodias y actoras del patrimonio de Cuenca. (F)

Taller de trabajo, aquí se confecciona ornamentos religiosos.

(Agradecimiento al Monasterio, su abadesa, religiosas y Curia Arquidiocesana por la acogida y autorización para el ingreso)

Por: Ángel Vera Bravo; Fotos: Javier Caivinagua